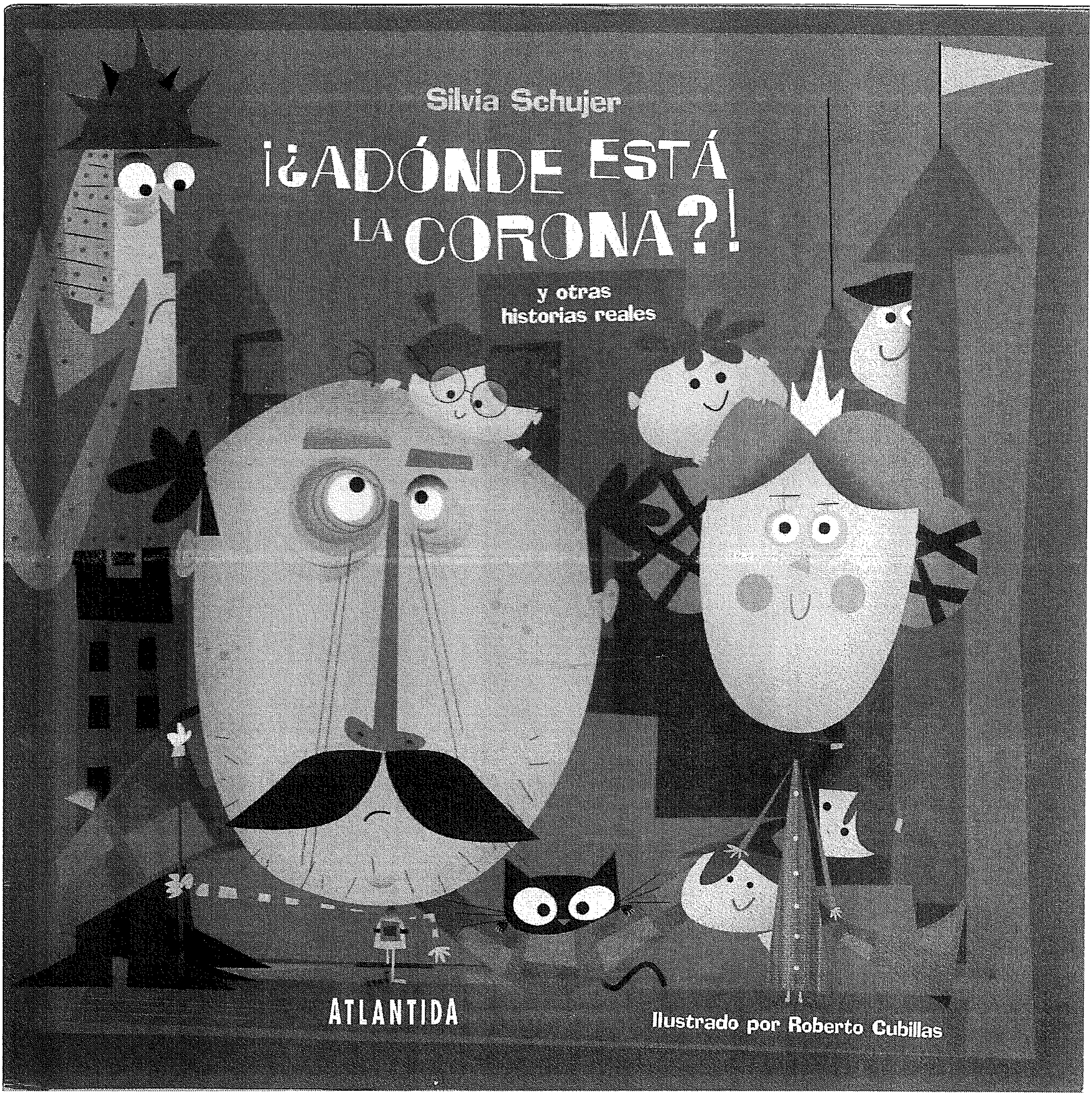
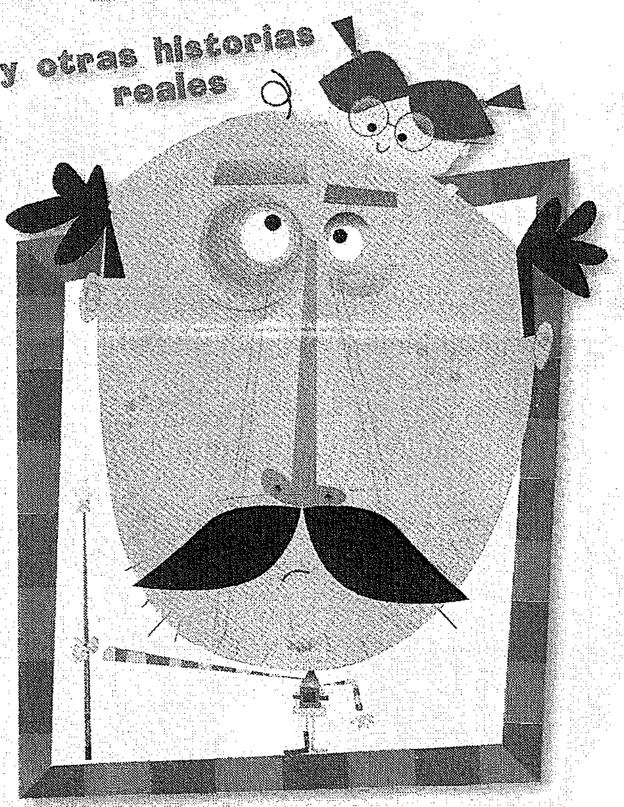

Silvia Schujer
¡¿ADÓNDE ESTÁ LA CORONA?!
y otras historias reales
ATLANTIDA
Ilustrado por Roberto Cubillas

Silvia Schujer

¡¿ADÓNDE ESTÁ LA CORONA?!

y otras historias reales



Ilustrado por Roberto Cubillas

EDITORIAL ATLANTIDA

SILVIA SCHUJER
Libros a Bordo
MUESTRA S/VALOR COMERCIAL

ÍNDICE

EL REINO DE MALUMORT 4

PRÍNCIPE DE OTRO POZO 12

UN REGALO PARA DOS 20

¡¿ADÓNDE ESTÁ LA CORONA?! 28

EL REINO DE MALUMORT

El de esta historia era un rey insoportable. Amargado, guarango, gritón y caprichoso. Se llamaba Malumort y tanto honraba su nombre que no lo aguantaban ni los mosquitos.

Su deporte preferido era la guerra y entre todas las palabras su predilecta era NO.

Malumort vivía con la reina y los tres hijos de ambos: los príncipes Carlo, Carliño y Carlón.

La vida de los príncipes era realmente difícil. Tenían prohibido llorar, reírse, saltar y jugar. Tampoco podían ir al lago, andar descalzos, nadar, cazar, ayudar a los sirvientes, pensar en voz alta, hablar con la boca llena, embarrarse y otras tantas delicias.

Lo único que les estaba permitido era ir a sus cuartos y echarse a dormir.

O a pensar.

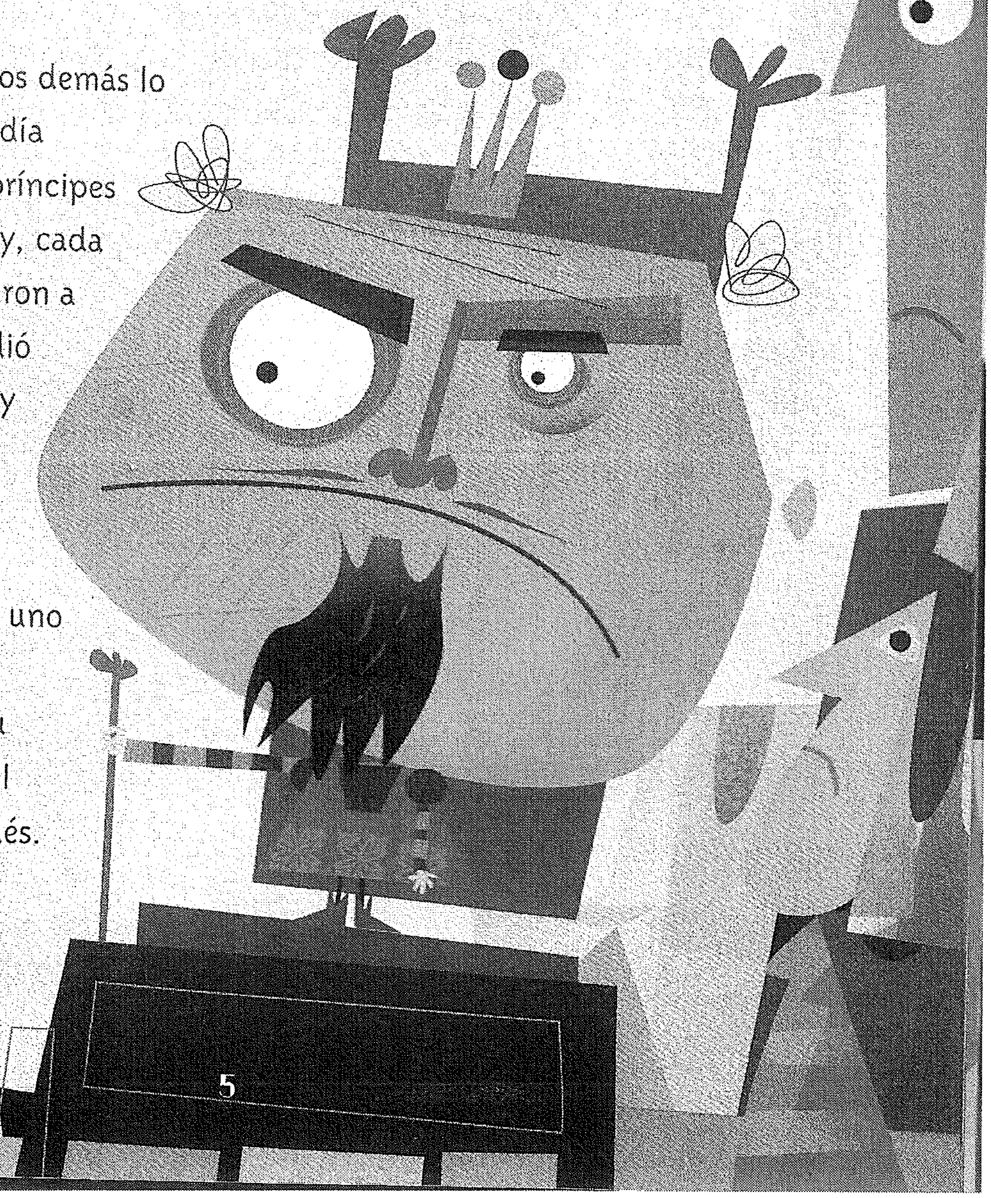
O a leer, si al dar vuelta las páginas de los libros no hacían barullo.

Tampoco la reina lo pasaba muy bien. Cada vez que se iba a sentar en el trono tenía que revisarlo. El monarca era tan retorcido que para poner a prueba la paciencia de su esposa le llenaba el asiento de clavos.

Una desgracia.

El rey era una peste y los demás lo padecían. Hasta que un día dejaron de hacerlo: los príncipes abandonaron el palacio y, cada cual por su lado, se fugaron a otras tierras. La reina pidió asilo a una prima lejana y huyó. Y los sirvientes, convencidos de que la furia del rey caería sobre ellos, se escaparon uno a uno del palacio.

El rey quedó solo con su alma y nada se supo de él hasta muchos años después.



De quienes sí se supo fue de Carlo, Carliño y Carlón.

El primero de los príncipes anduvo un largo camino hasta que se internó en el bosque. Con la ayuda de unas hadas se construyó una casa y allí se instaló. Aprendió a lavarse la ropa en los arroyos, a alimentarse con frutos y a reconocer a los pájaros por el canto.

Se hizo amigo de los lobos, se animó a hablar con las brujas y hasta llegó a cabalgar unicornios.

Una noche, como si un duende se les hubiera colado en el sueño al mismo tiempo (en realidad se coló), los tres hermanos recordaron que eran príncipes y que en algún lugar del mundo había un reino que les pertenecía.

Así fue que un buen día, sin saber uno del otro, Carlo, Carliño y Carlón (acompañado de su familia), se encaminaron al palacio en el que habían crecido.

Durante el viaje y cada cual por su cuenta, más de una vez estuvieron a punto de arrepentirse. Recordaban el mal humor del rey padre y el alma se les iba al piso. Pero deseosos de verse entre ellos, respiraban hondo y seguían andando.

A los pocos días y sin saber por qué, como si el mismo duende de los príncipes se hubiera colado también en su cabeza, la reina empezó a extrañar a sus hijos como nunca. Sintió que era hora de volver a verlos y, para ello, volver al palacio.

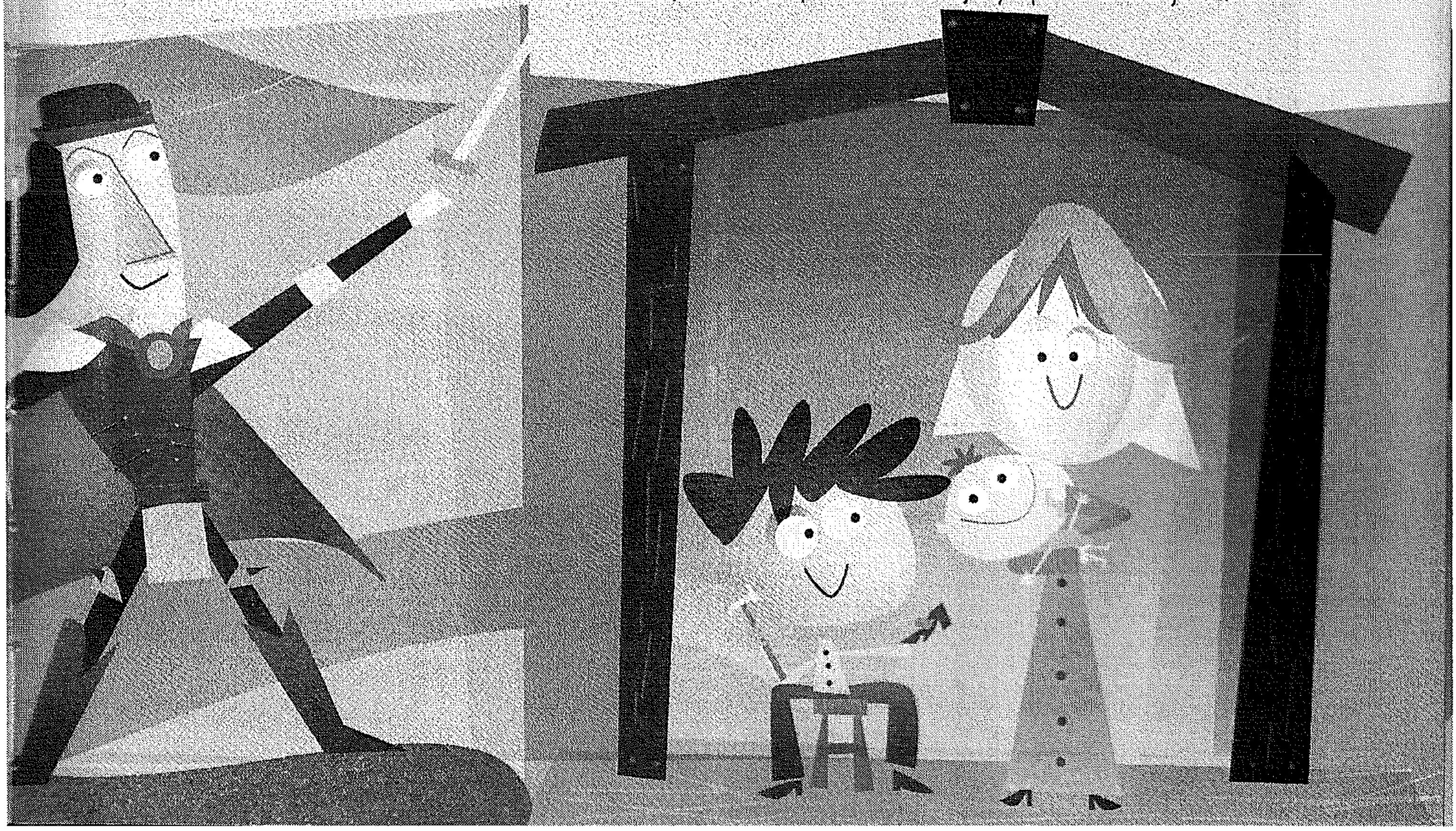
La cuestión es que en pocas semanas (unos de a caballo, otros en carroza), todos los miembros de la familia real llegaron al castillo y coincidieron en la puerta.

Se dieron besos, abrazos y palmadas de bienvenida. Un verdadero reencuentro.

Como no había guardias ni sirvientes para recibirlos, entraron al palacio igual que a una posada.

El segundo de los príncipes se hizo guerrero y partió a combatir. Nunca supo para qué peleaba ni a quién respondía pero como no tenía más habilidades que la estatura y su fuerza, se dedicó a la batalla. Se volvió un hombre rudo, valiente y seguro de sí mismo. Aprendió a soportar el hambre y el frío. El calor y la sed. Las olas y el viento.

El menor de los príncipes, el tercero, caminó días y noches hasta que encontró la aldea donde se quedó a vivir. Allí aprendió el oficio de zapatero y al poco tiempo conoció el amor. Se casó con una chica hermosa que le dio pronto un hijo y que lo hizo feliz.



Imposible imaginar la sorpresa que se llevaron cuando, al pasar por el salón principal, vieron la imagen de su majestad: con la capa como delantal, unos trapos y un balde, el rey fregaba el piso silbando.

Al verlos ahí parados, Malumort interrumpió su tarea y los encaró desafiante.

—¡Ajá! ¡Conque volvieron!

Y ya iba a empezar a despotricar cuando Carlón Segundo (el primogénito de Carlón) se le trepó hasta el cuello y le tiró de las orejas.

—¡¿Y este quién es?! —preguntó el rey como si hablara de un bicho.

—¿Y ete quién e? —lo imitó el infante mientras se colgaba de la barba de su abuelo y se hamacaba encantado.

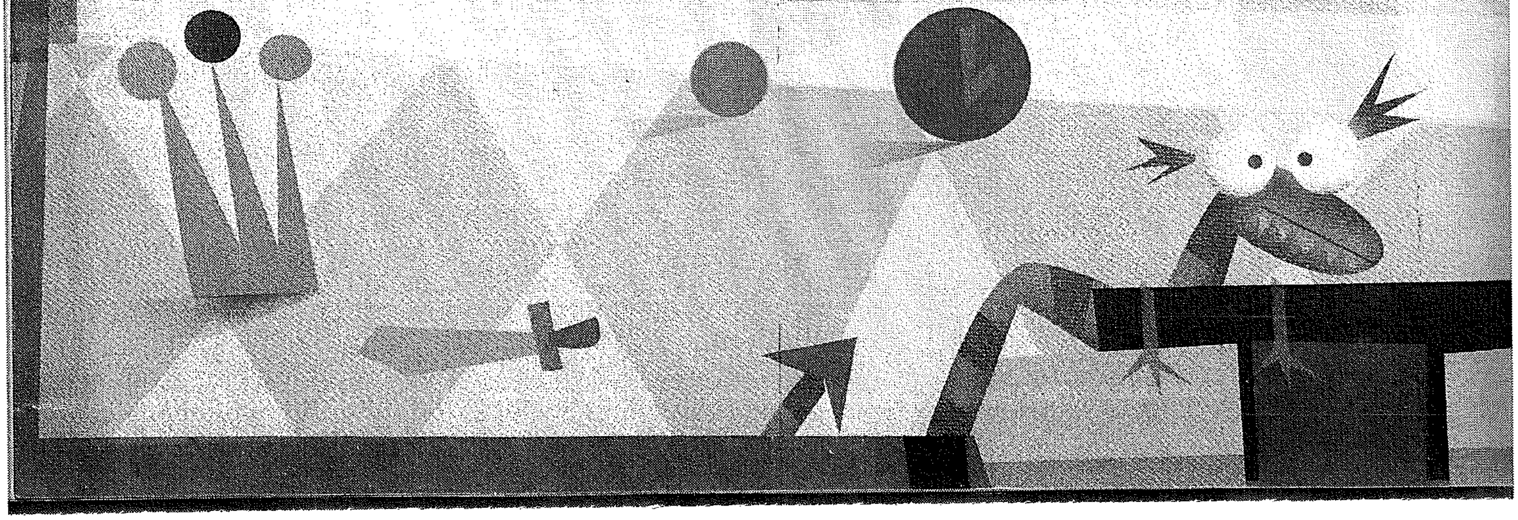
—¡Es nuestro nieto! —anunció la reina y corrió a abrazar a su esposo. Y sin poder disimular ya la emoción, Malumort abrió los brazos y recibió a su mujer.

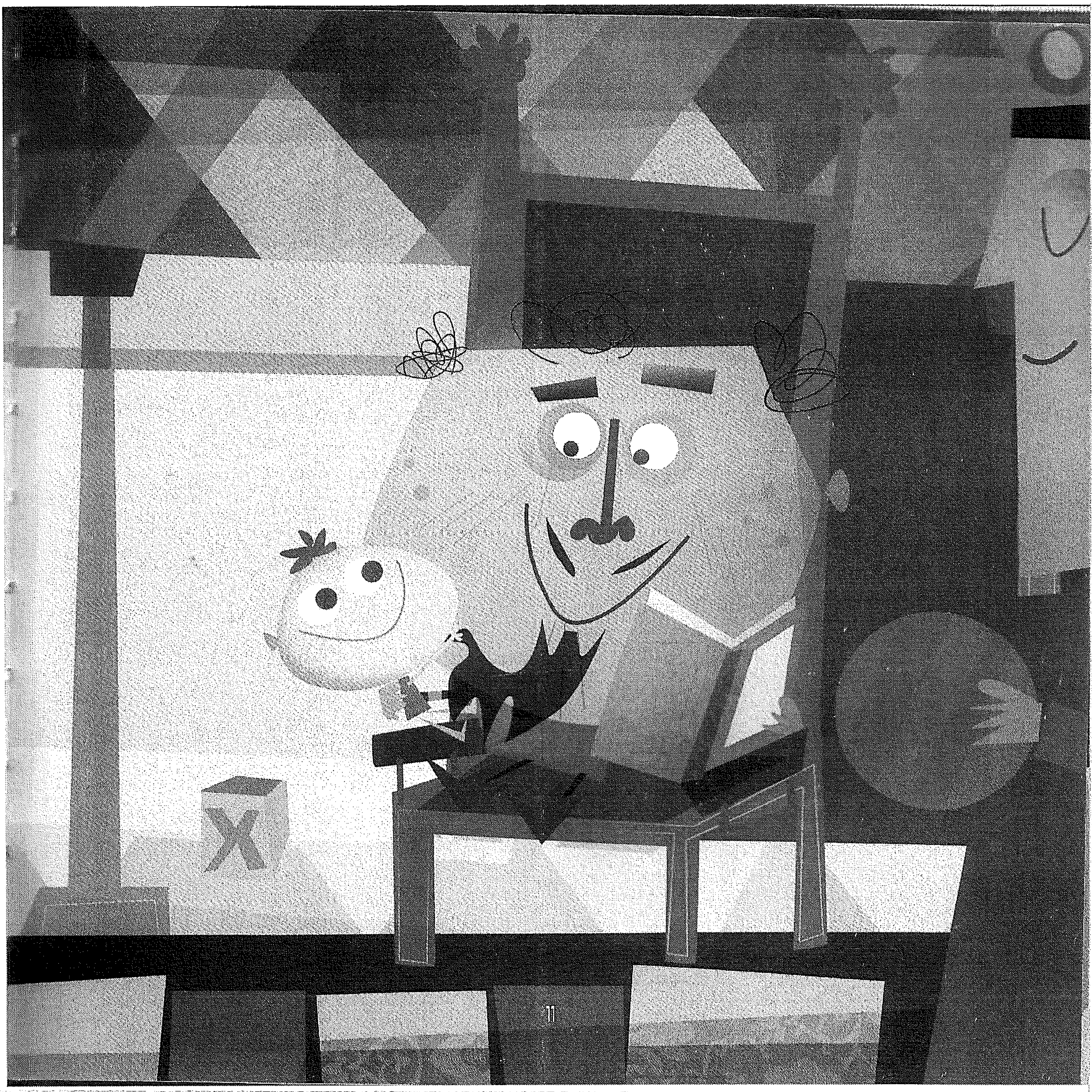
A partir de ese momento la historia en aquel reino cambió para siempre.

Criar a los nietos se convirtió en la actividad preferida del rey.

Delegó el poder en sus tres hijos y aunque jamás le cedió el trono a ninguno porque era el sillón donde mejor leía los cuentos, se despidió alegremente de los asuntos de Estado.

¿Que cómo hizo? Muy simple: colorín y colorado.



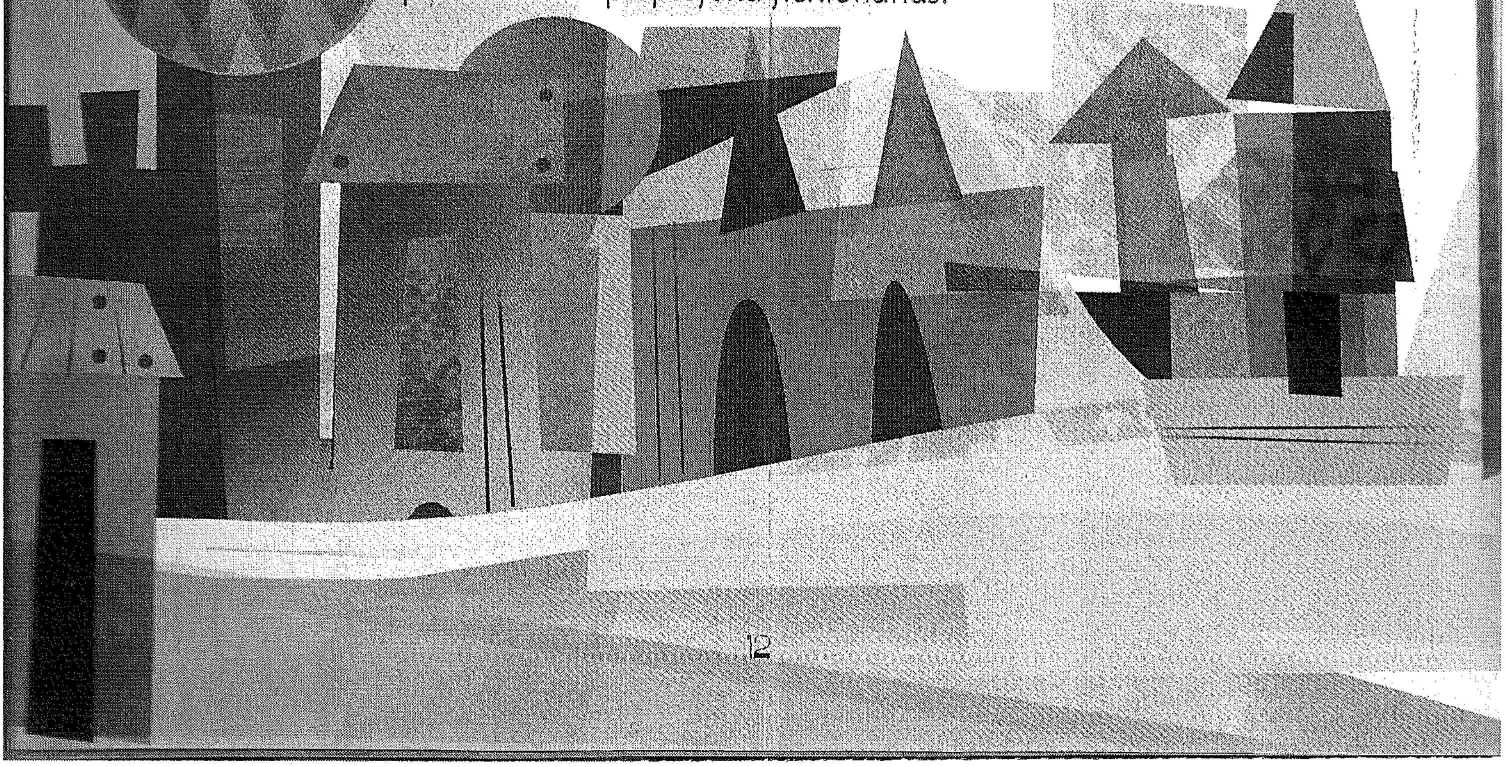


PRÍNCIPE DE OTRO POZO

Había una vez un príncipe con tres grandes problemas: la cara, el cuerpo y su manera de ser.

En cuanto a la cara, hay que decirlo, era demasiado poca para dos ojos. O mejor dicho, los ojos del príncipe eran tan grandes y abombados que ocupaban casi todo el espacio. Lo que quedaba era boca y mejor que no la abriera.

Algo parecido le pasaba con el cuerpo. Las piernas del príncipe eran tan flacas para sostener tanta barriga que la mayor parte del tiempo prefería flexionarlas.

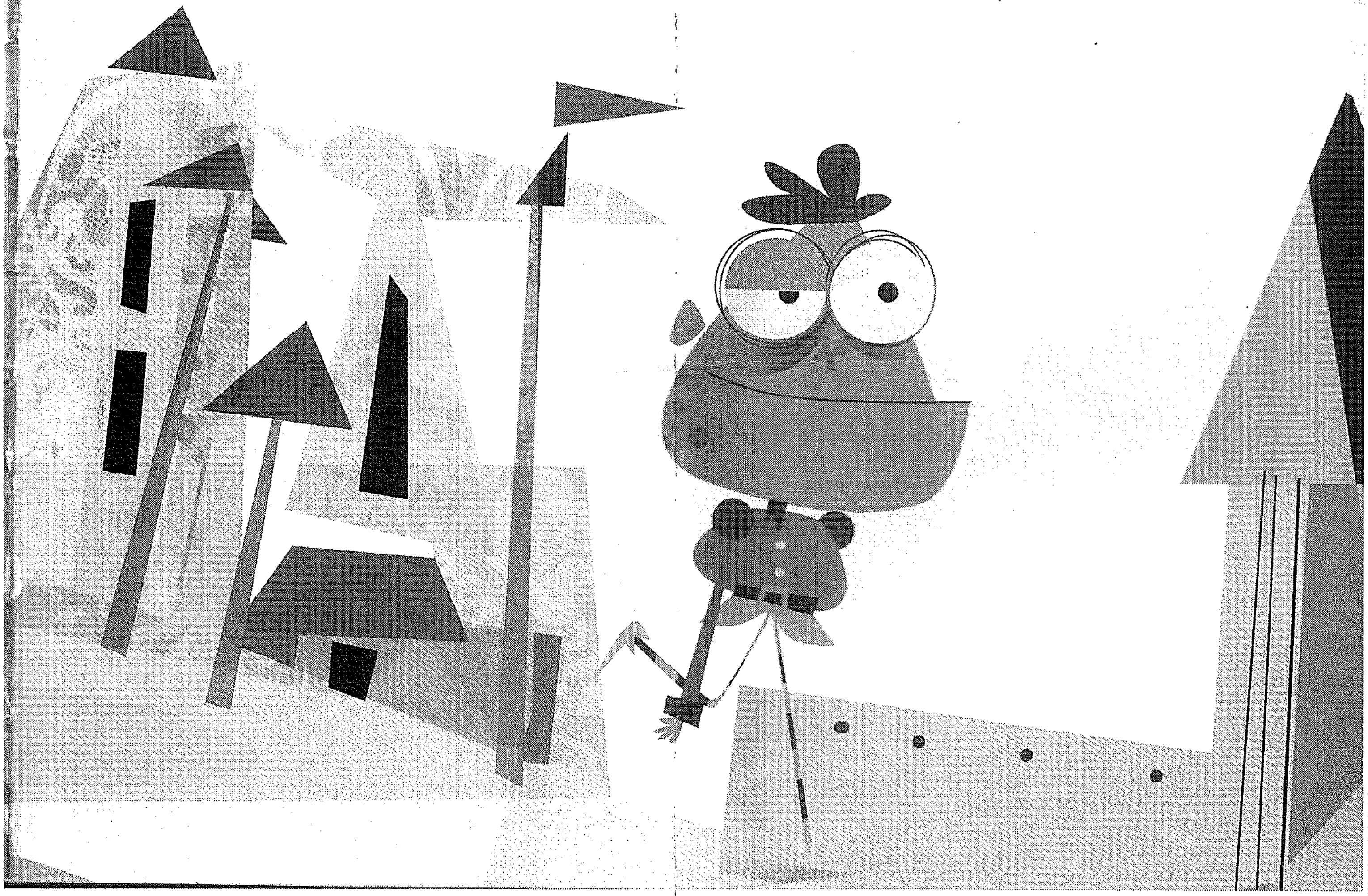


Que el pequeño heredero fuera feo, no era lo que más preocupaba a los reyes. Con gimnasia, buenos trajes y fortuna lo podrían mejorar.

Su carácter, en cambio, sus rarezas y desplantes los tenían a muy mal traer.

Para empezar, el príncipe acostumbraba bajar las escaleras dando saltos escalón por escalón. Rebotando como un resorte.

Habían probado todos los métodos para enseñarle modales, pero ni los maestros más distinguidos ni los retos más estruendosos habían dado sus frutos.



Para seguir, pocas cosas lo ponían tan contento como embarrarse en el jardín cuando llovía. A decir verdad, pocas cosas lo ponían contento. Y por más que lo llenaran de juguetes o colmaran de atenciones, la cara del muchacho era un pozo de fastidio.

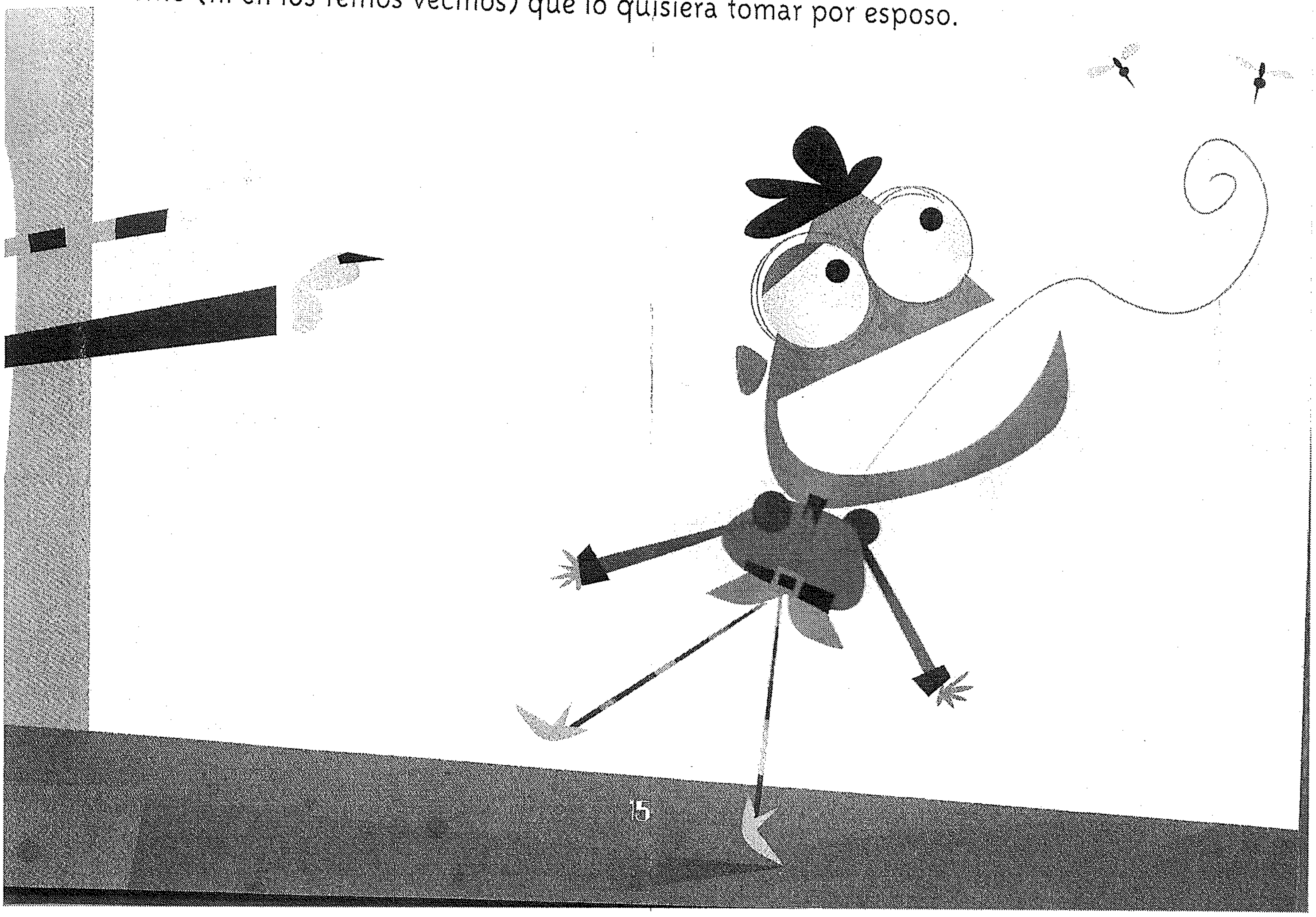
Por último y esto era quizás lo más grave, en vez de comerse los mocos como todos los mocosos, el príncipe comía los mosquitos.

La vida del heredero, como se ve, no era fácil. Nada de lo que hacía agradaba a sus padres. Y nada de lo que sus padres hacían por él, le servía para ser feliz.

Como si todo aquello no alcanzara, dentro y fuera del palacio, la gente lo miraba mal.

—Ahí va el engendro —murmuraban—. La cacerola con patas.

Y los años pasaban. Y el tiempo de casarlo se acercaba pero no había dama en el reino (ni en los reinos vecinos) que lo quisiera tomar por esposo.



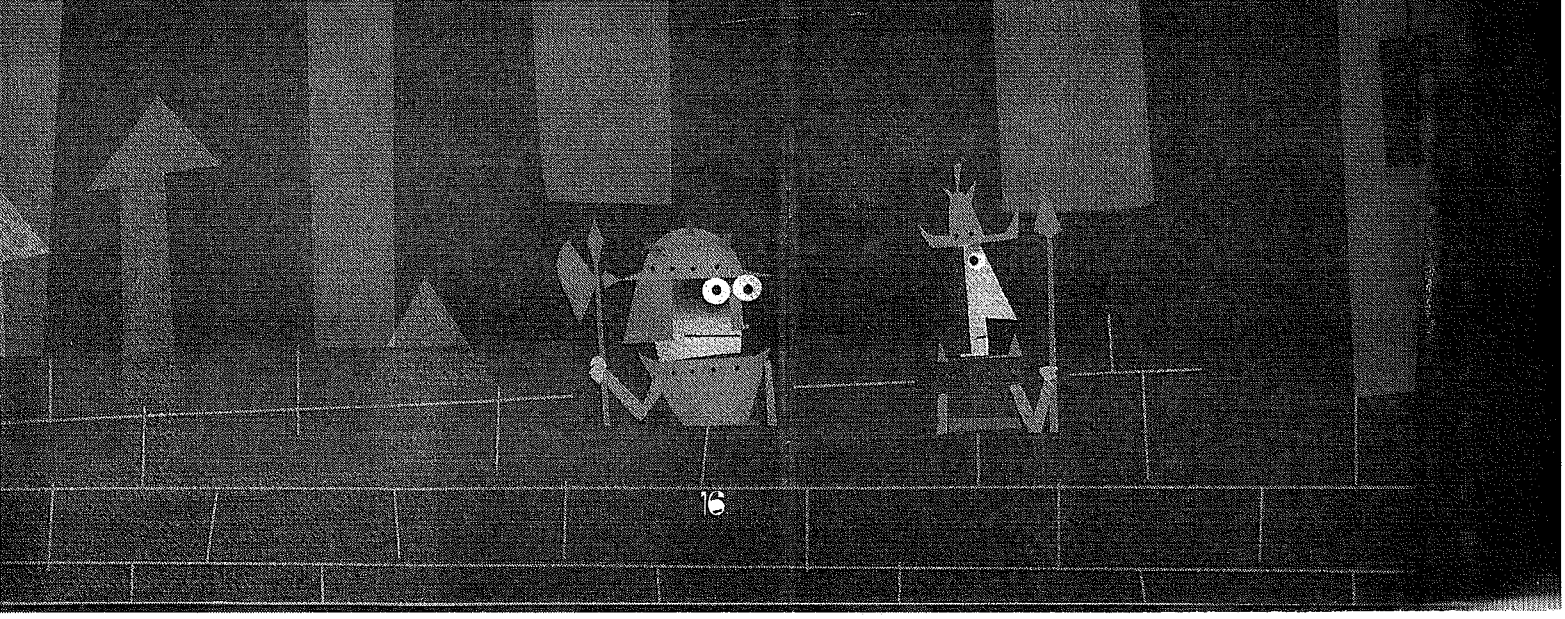
Hartos de tanto infortunio, el rey y la reina decidieron hacerle frente al problema. Llamaron al sabio más mentado de la comarca y le pidieron consejo.

—Mmhhhhhhh... —pensó el sabio.

—Mmhhhhhhh... —volvió a pensar.

Y al fin, después de pensarlo dos veces, sugirió que lo mandaran a la guerra (a él no, al príncipe). Que le dieran ropa y rango en la milicia y lo destinaran a conquistar nuevos reinos. Los monarcas aceptaron la propuesta y despacharon al hijo con los honores de un rey. Confiaban en que la ruda vida de soldado estilizara su cuerpo, afilara su ingenio y corrigiera sus modos.

El error no pudo ser peor. Al poco tiempo, el heredero fue tomado prisionero y devuelto al palacio por el mismísimo ejército enemigo: el joven pasaba las noches cantando sus desdichas bajo la luz de la luna, con una voz tan pastosa, monocorde, ronca y desafinada que nadie podía dormir. Y las batallas se perdían por cansancio.



Abrumado por la incomprensión y a pocas horas de su retorno, esa misma madrugada el príncipe abandonó a la familia y salió a buscar su destino. Algo le decía que quedaba en otra parte. Y allá fue.

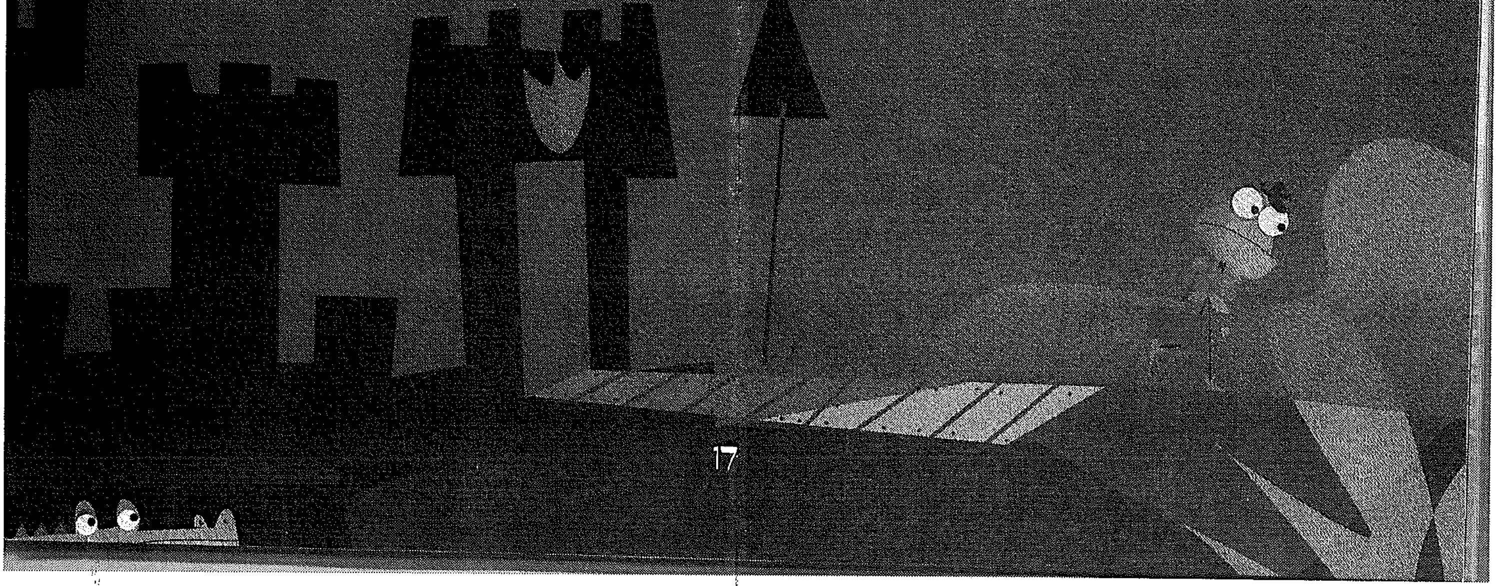
Triste pero decidido, embadurnado completamente con barro para que nadie lo reconociera al salir del palacio —más que una persona parecía una vasija—, el príncipe deambuló días y noches por suelos extraños. Hasta que no pudo más (el hambre y la sed lo vencieron) y sin saber dónde estaba ni hacia dónde iría, se echó bajo un árbol y rompió a llorar.

Lloró como si lloviera.

Lloró hasta que sus lágrimas formaron un charco y entonces, sobre ese colchón de agua tibia, se acostó a dormir.

Mientras dormía una legión de grillos, hormigas, vizcachas, lombrices, patos, sapos, renacuajos, lagartijas y lechuzas lo fueron rodeando con curiosidad.

¿Quién era ese extraño mortal?



—Soy el príncipe —dijo el príncipe al despertarse. Y sorprendido de entenderse con el bicherío, agregó:

—Pero jamás fui feliz.

—¿Por qué? —le preguntó una liebre.

—Pobrecito —murmuró un tucán.

—Porque soy gordo y petiso. Muy bocón y ojos de plato. Porque me gusta saltar y comerme los mosquitos.

—¡Qué divino! —comentó la liebre.

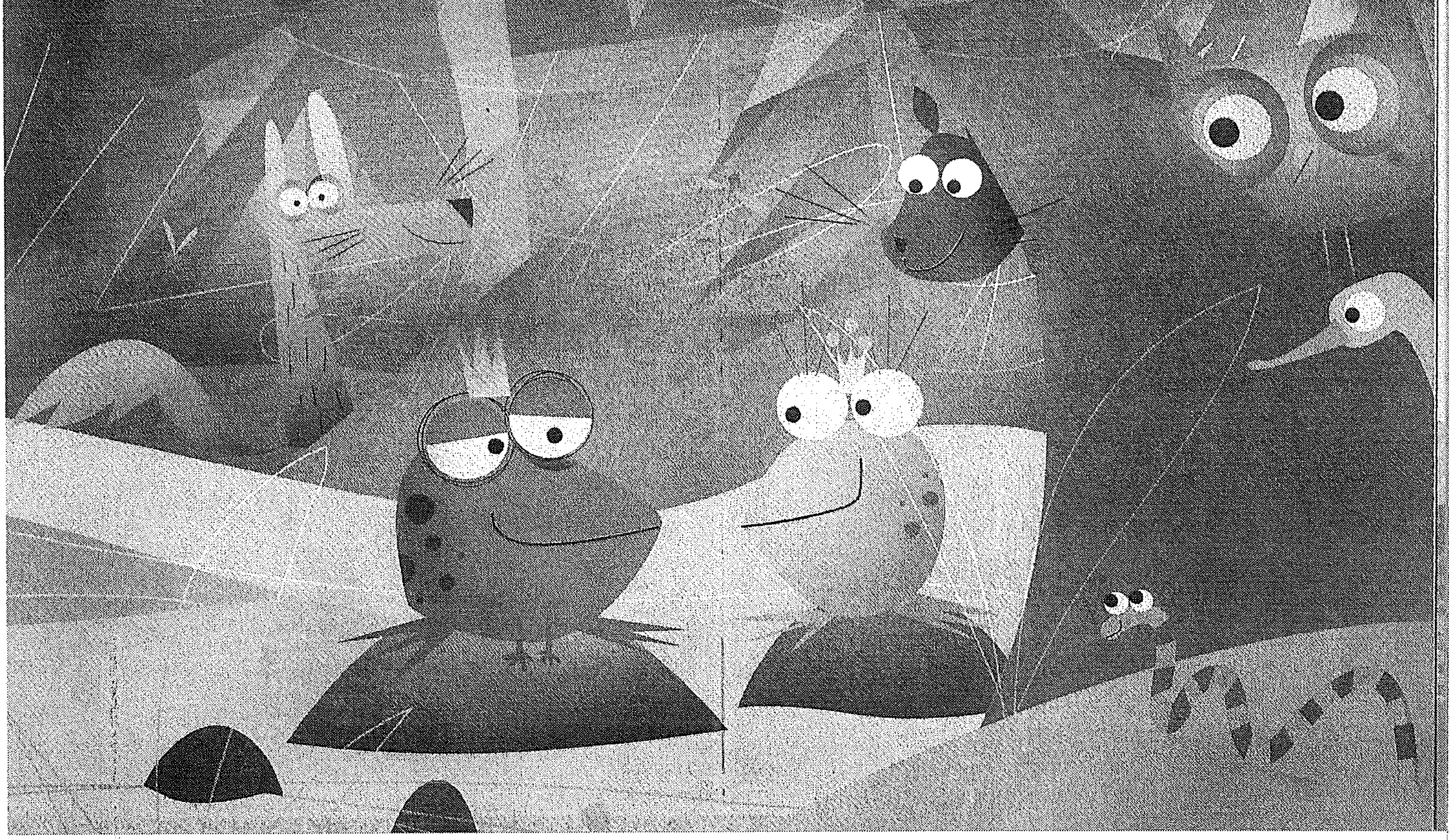
—¡Qué prestancia! —se animó el tucán.

Y en eso estaban cuando una rana dorada se acercó al corrillo, se abrió paso en dirección al charco y ante el asombro de todos (su majestad la rana aparecía pocas veces) exigió a los súbditos que la dejaran a solas con el forastero. Entonces saltó hasta su rostro, le pidió que cerrara los ojos y le dio un beso rechoncho.

La noche recién empezaba.

La luna envió un chispazo de luz a la tierra y el príncipe se transformó en un bello sapo.

Librado por fin del hechizo y unido para siempre a su amada, reinó feliz por el resto de sus días.

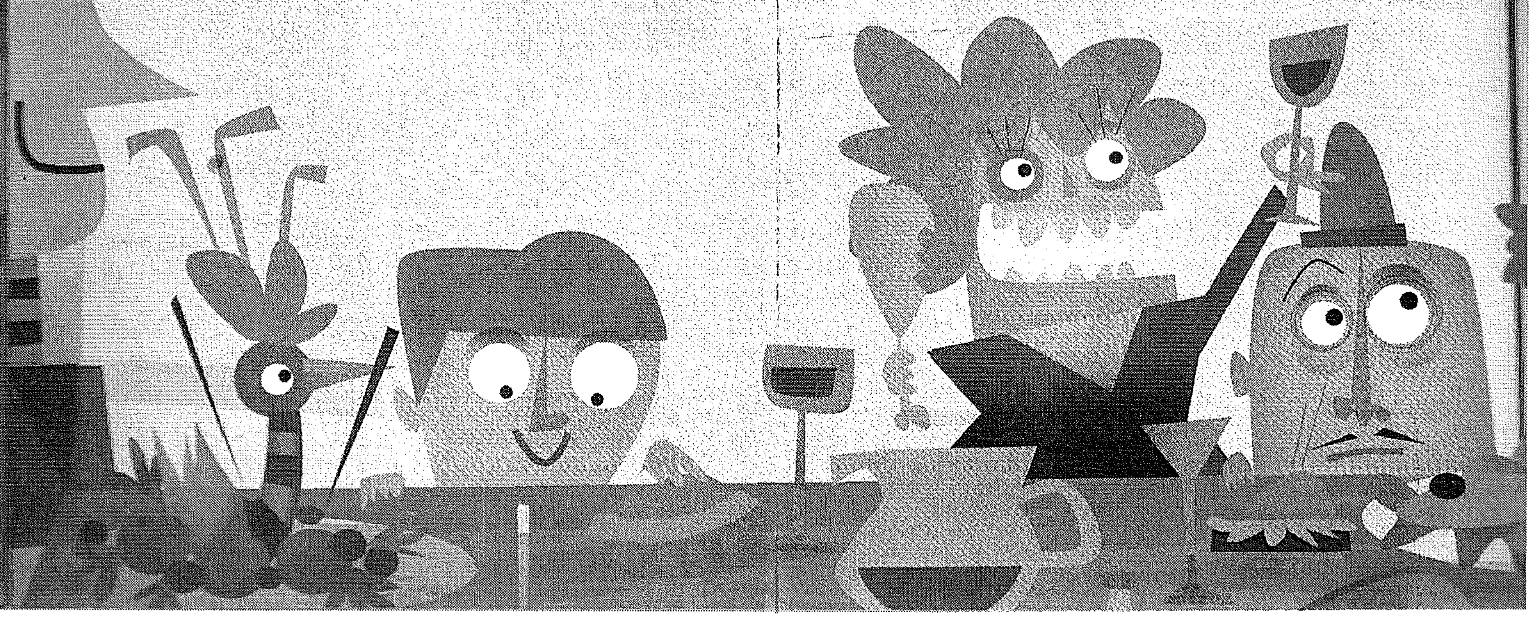


UN REGALO PARA DOS

Faltaban pocos días para que la princesa cumpliera años y en el palacio se organizaba la fiesta. Una celebración majestuosa con el lustre, la comida y la bullanga que complacía a los reyes, más una grata sorpresa: que por primera vez en la historia cualquier habitante del reino podría entrar al banquete. (Siempre y cuando llevara un regalo, eso sí.)

De modo que la tarde del cumpleaños, cientos y cientos de personas hicieron cola ante las puertas del palacio y, tras dejar su regalo a los guardias, fueron invitados a pasar.

Adelante, adelante.
Saluden a su majestad.



Grandes, chicos y medianos; altos o bajos; gordos o flacos; morenos o pecosos quedaron todos deslumbrados con lo que vieron. Había larguísimas mesas repletas de manjares salados y larguísimas mesas repletas con dulces.

Había juegos para los menores y cotillón para la multitud. Bebida, matracas y antifaces. Papel picado, piñatas y una orquesta en cada sala para acompañar las danzas.

De pronto, unos fuegos artificiales anunciaron el arribo de la torta y después de subir a la princesa hasta la torre más alta para que desde allí soplara las velas, la algarabía llegó a su fin. Los reyes se despidieron en persona de la concurrencia y acto seguido, como poco después lo hizo todo el mundo, se acostaron a dormir.

Al día siguiente, mientras las calles del pueblo ardían con los comentarios (los que no habían ido a la fiesta preguntaban y los que sí, relataban) en el palacio se reunió la familia real para abrir los regalos.

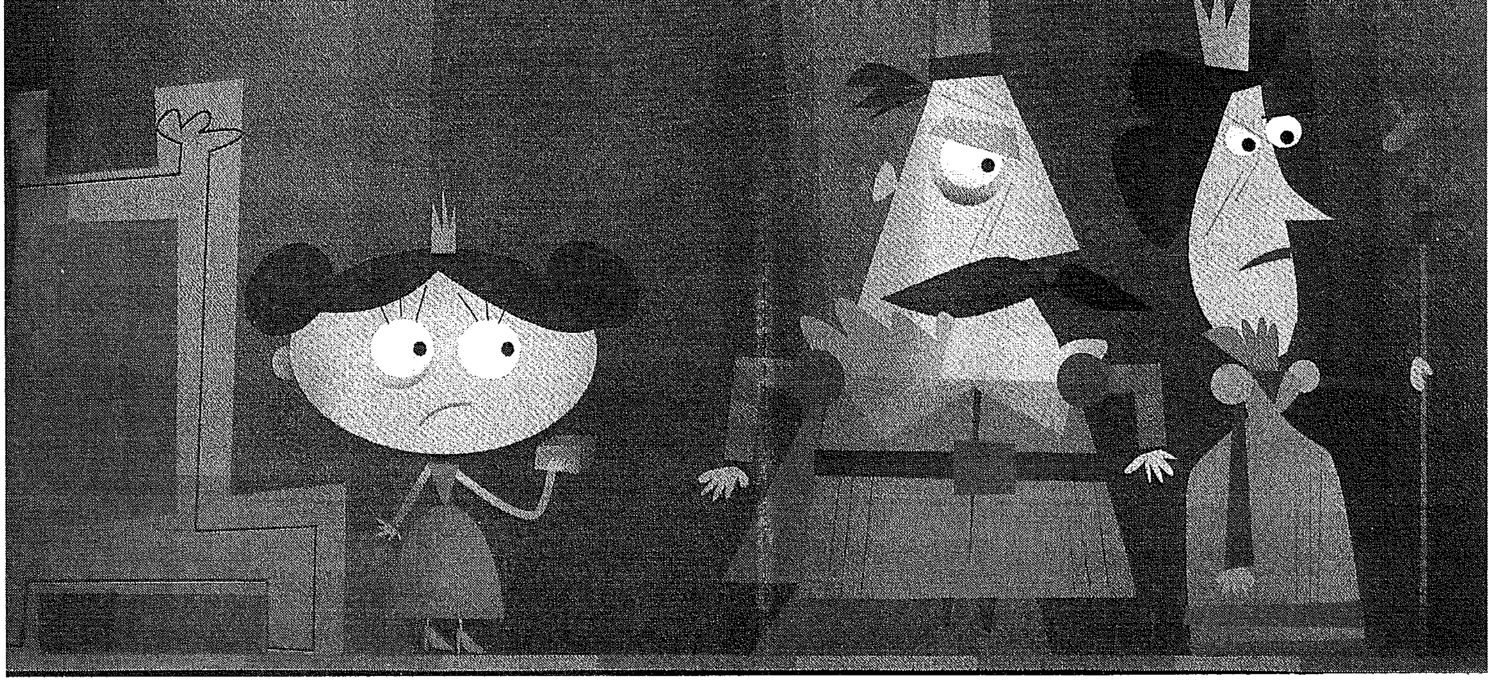
Vestidos, marionetas, mascotas, tacitas de porcelana, joyas, juguetes, plantas enanas, canastos con los mejores frutos de las cosechas... todos los regalos venían en preciosos paquetes con moños.

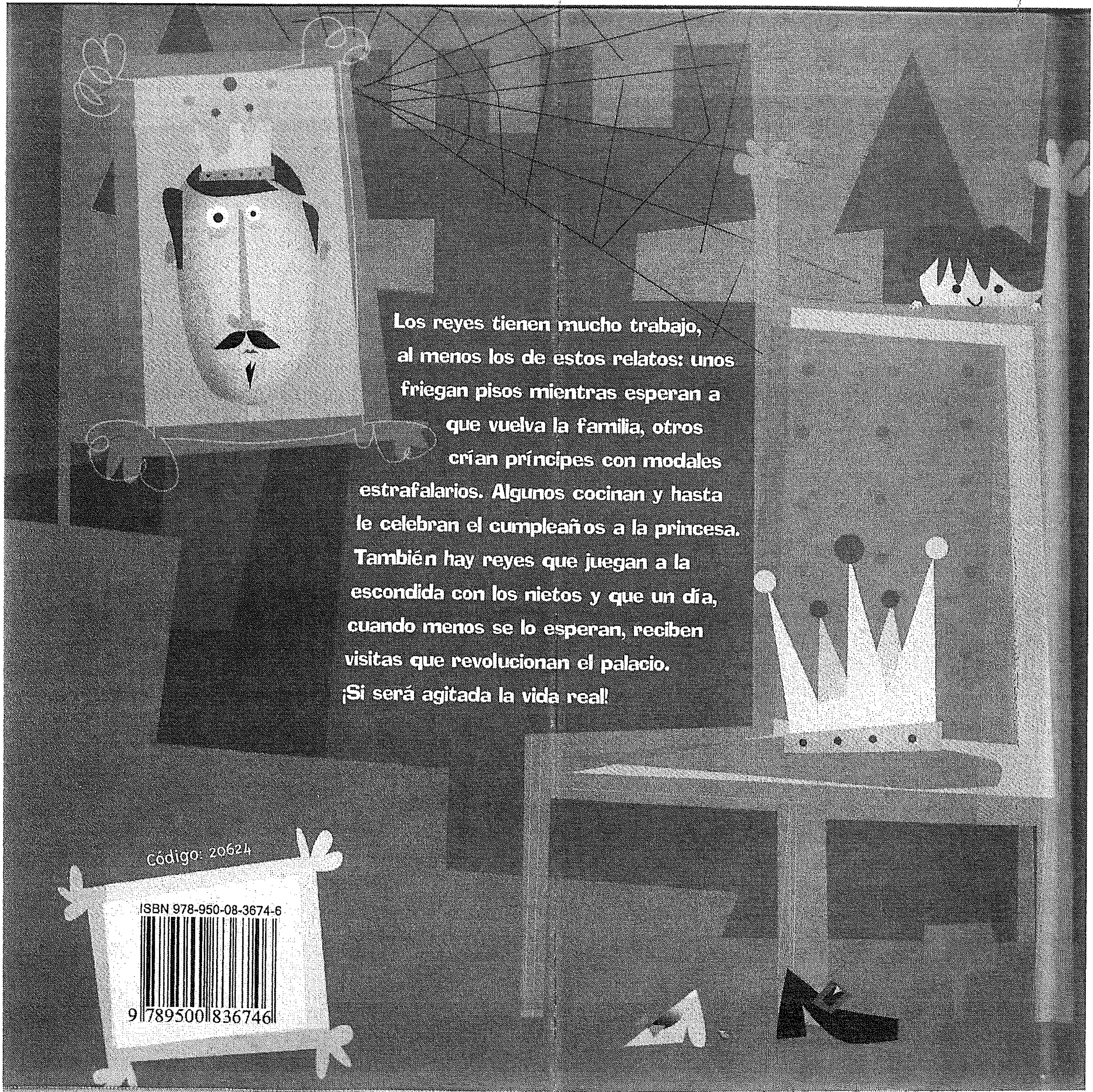
Hasta que en medio de los envoltorios apareció una cajita. Una cajita común, bastante feúcha, de un material parecido al cartón, pero herméticamente cerrada.

—¿Qué es esto? —preguntó con curiosidad la princesa.

—¡Quién se atreve! —se enojó la reina.

—¿Una simple cajita para la hija de un monarca? El rey gruñó furioso y ordenó: "¡A la basura ahora mismo!".





Los reyes tienen mucho trabajo, al menos los de estos relatos: unos friegan pisos mientras esperan a que vuelva la familia, otros crían príncipes con modales estrafalarios. Algunos cocinan y hasta le celebran el cumpleaños a la princesa. También hay reyes que juegan a la escondida con los nietos y que un día, cuando menos se lo esperan, reciben visitas que revolucionan el palacio. ¡Si será agitada la vida real!

Código: 20624

ISBN 978-950-08-3674-6

9 789500 836746

Cuando por fin arribaron, la delegación extranjera ya había desembarcado hacía rato y el emperador de Lejoslandia conversaba amablemente con los dueños de casa.

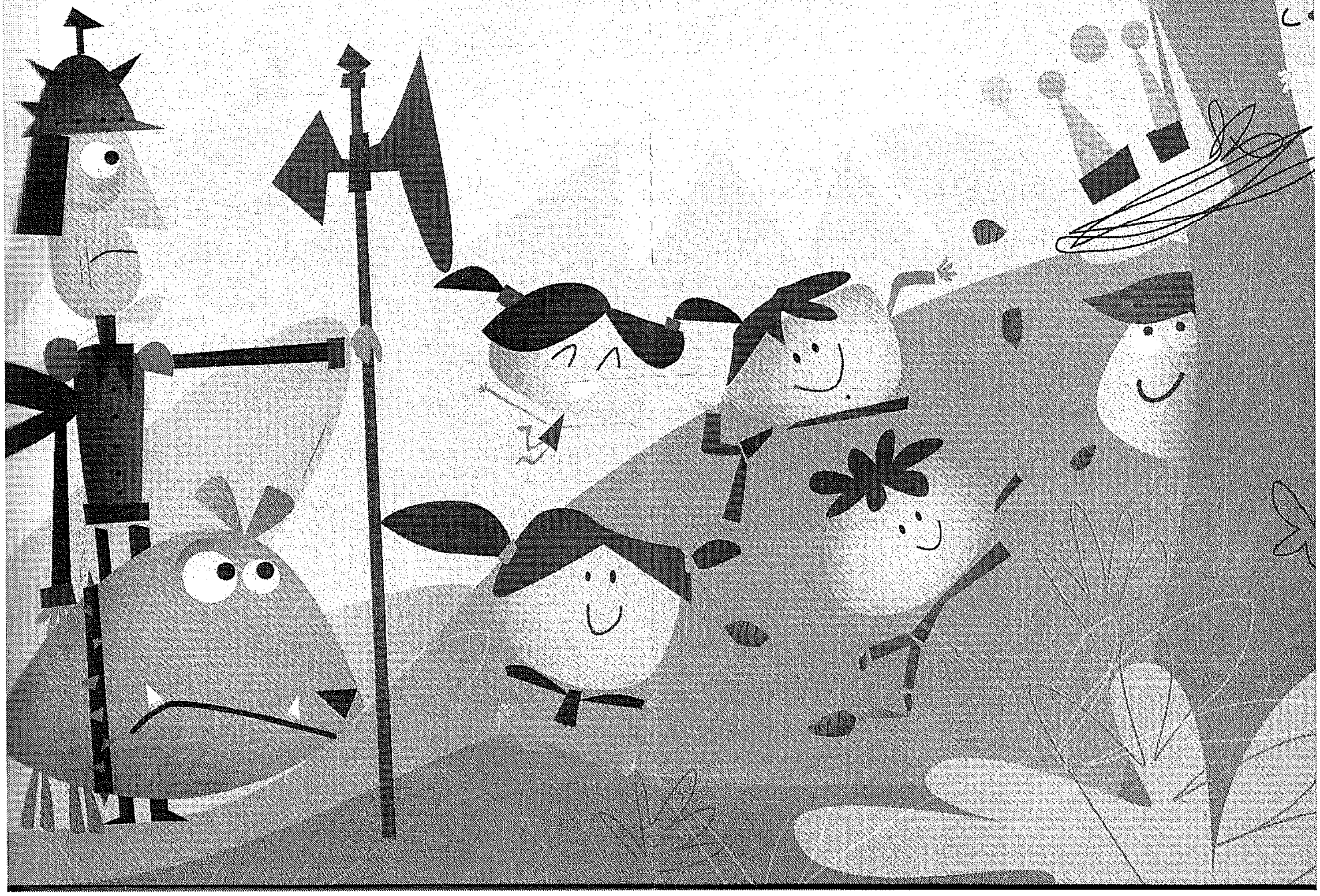
Ninguno se molestó demasiado cuando la emperatriz lejoslandesa se aflojó el cinturón del vestido y se quitó un zapato. Al contrario. Esto fue suficiente para que la confianza entre las familias reales se afianzara y la amistad de sus pueblos se consolidara aún más.

A Luis Salinas, habitante y fundador de Lejoslandia.

No fue mucho lo que anduvieron, cuando el hallazgo se produjo: eran los seis nietos de su majestad tratando de embocar preciosas piñas en un cesto improvisado con la corona.

—¡Santo cielo! ¡La corona!

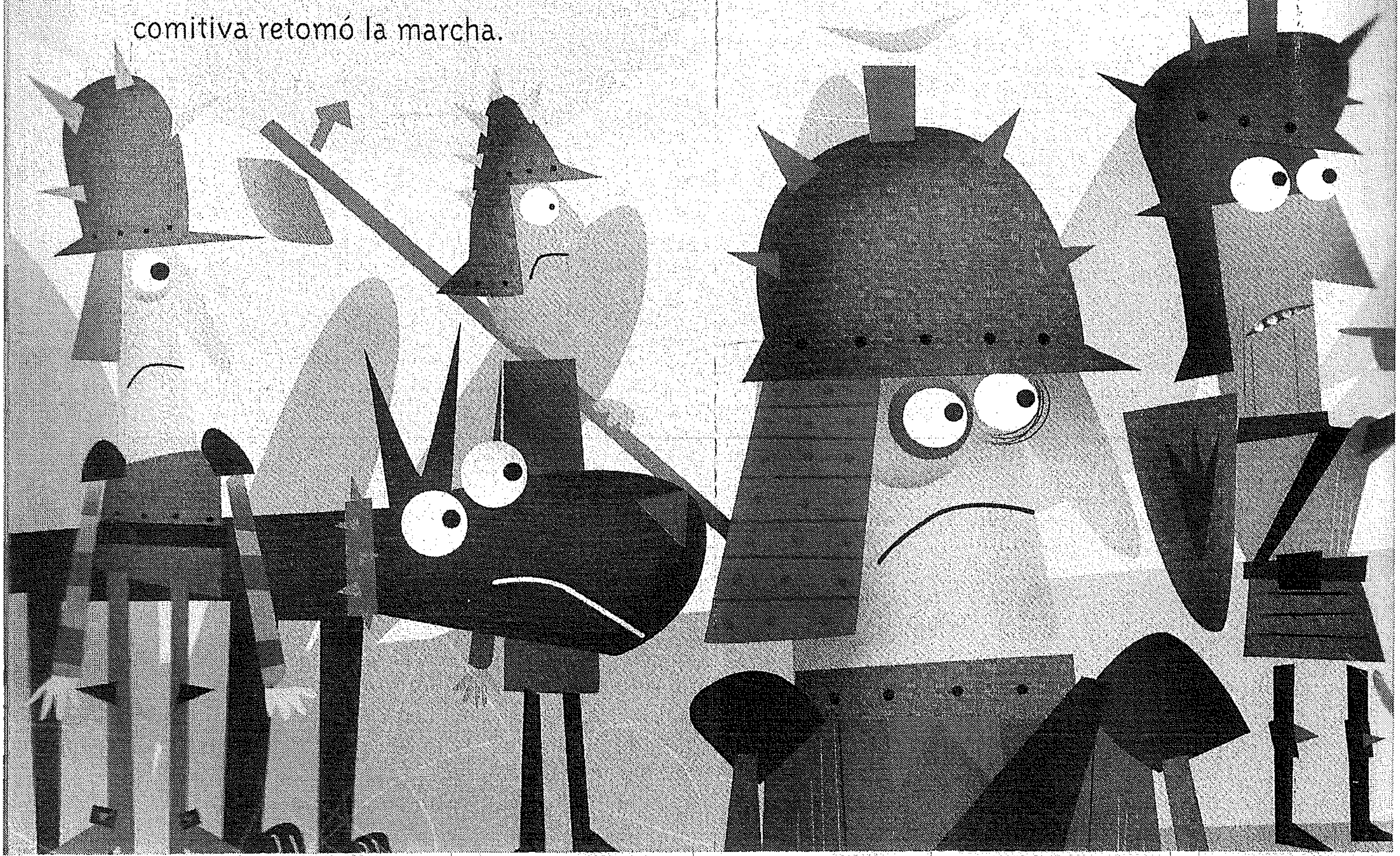
Obligados a cumplir la orden, los enviados del rey descolgaron "el aro" y escoltados por las protestas de los infantes regresaron triunfales al palacio.



Entonces se decidió acudir a los perros que, seguidos por la soldadesca, huele que huele, hurga que hurga llegaron a una zona apartada del bosque y se pusieron a mover la cola (los perros, los soldados no).

Al principio nadie vio ni escuchó nada allí. Pero unos segundos más tarde, el rumor de unas voces salvajes se mezcló con el del follaje.

—Es mi turno —se oyó a uno de los infantes. Y siguiendo aquel rastro sonoro la comitiva retomó la marcha.



A la búsqueda se sumaron los cocineros y empezaron a rastrear olla por olla, diente por diente y sartén por sartén.

Nada.

Los príncipes y consortes se agregaron a la pesquisa y empezaron a rastrear sus pertenencias, prenda por prenda, joya por joya, arcón por arcón.

Nada.

Ni el rey ni la reina tenían ganas de recibir delegaciones oficiales en el palacio porque para eso debían lucir como reyes. Ponerse trajes apretados, zapatos incómodos, capas calurosas y coronas pesadas.

Pero en vistas de que un monarca amigo los honraba con su visita, lo recibirían a la usanza: con todas las pompas y la gala real.

En pocos minutos la vida en el palacio se convulsionó. Los cocineros se hicieron cargo de la comida. Los jardineros, del parque. Los mucamos, de la limpieza y los criados, de la familia.

Los príncipes fueron los primeros en estar listos. Y la abuela reina no se hizo esperar.

En cuanto al rey, no había forma de que saliera de su recámara y nadie sabía por qué.

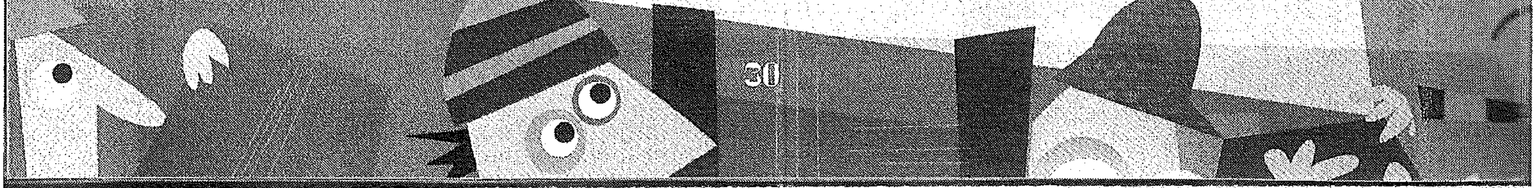
Hasta que por fin se asomó enfurecido y gritó:

—¡¿ADÓNDE ESTÁ LA CORONA?!

La pregunta sonó como un trueno por todos los salones y la búsqueda se desencadenó al instante.

Los sirvientes se organizaron en cuadrillas y empezaron a rastrear baldosa por baldosa, vitrina por vitrina y salón por salón todos los rincones del palacio.

Nada.



Así de calmo estaba todo cuando una mañana, desde la torre, los vigías reales avistaron una gran embarcación cuya bandera reconocieron enseguida.

—¡Majestad, majestad! —anunciaron los guardias—. El emperador de Lejoslandia está próximo a llegar.

—¡No puede ser! —bufó el rey.

—¡Pero es! —lo apuraron los príncipes.

—Será mejor que te vistas —dijo uno.

—Será mejor que te afeites —agregó el otro.

—Será mejor que te calces, papá.

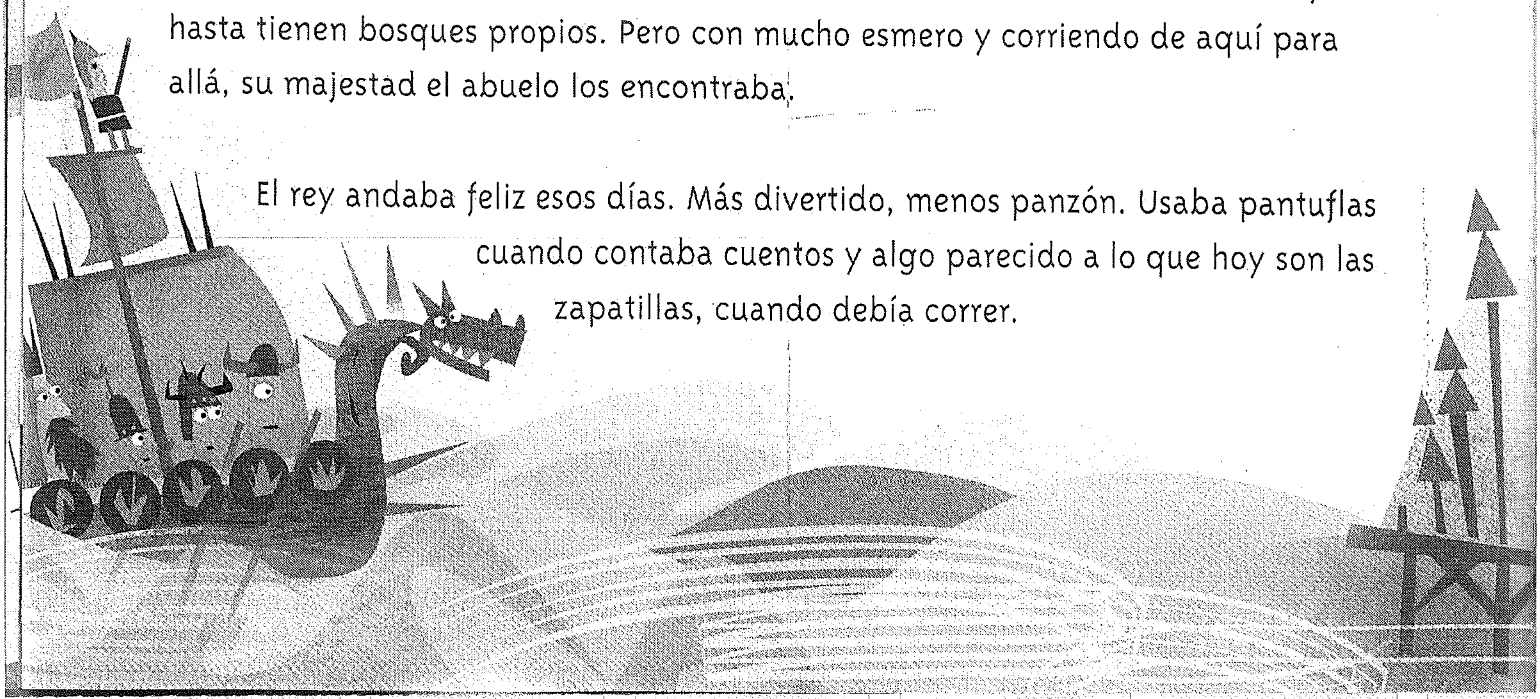
¡¿ADÓNDE ESTÁ LA CORONA?!

Esto sucedió hace muchísimo tiempo. Cuando el rey y la reina decidieron dejar los asuntos de Estado en manos de sus hijos —los príncipes— y dedicarse a criar a los nietos —los hijos de los príncipes, es decir, los infantes—.

Fue un tiempo feliz para la realeza y tranquilo para el pueblo: no había guerras ni pestes y el abrigo, el trabajo y la comida alcanzaban para todos.

La reina se ocupaba en persona de cocinar manjares y el rey de jugar. Uno de sus juegos favoritos era la escondida: se tapaba los ojos con un pañuelo y contaba hasta quinientos. Entonces los seis nietos se ocultaban y había que buscarlos. No era fácil dar con ellos, claro, porque los palacios son grandes como ciudades y hasta tienen bosques propios. Pero con mucho esmero y corriendo de aquí para allá, su majestad el abuelo los encontraba.

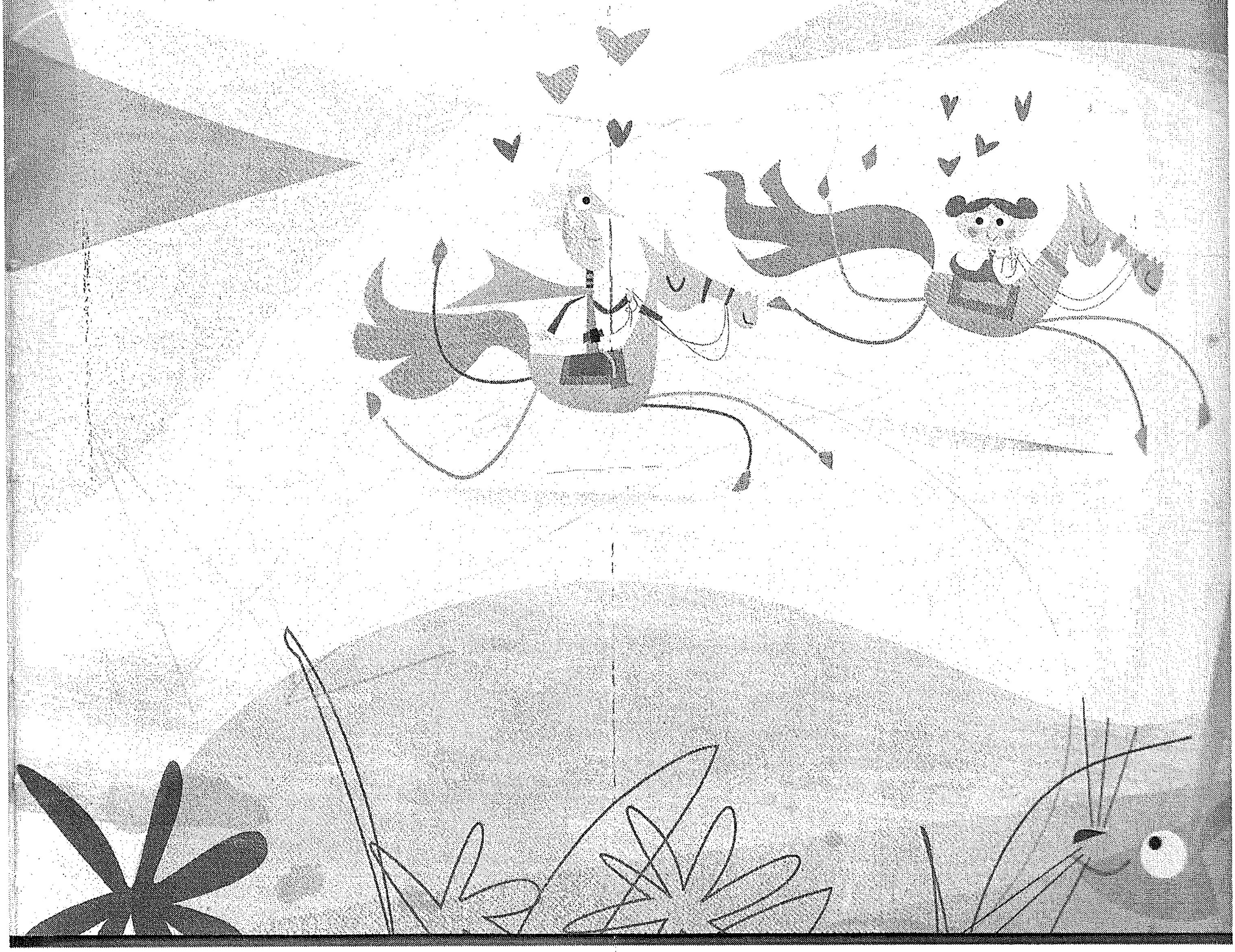
El rey andaba feliz esos días. Más divertido, menos panzón. Usaba pantuflas cuando contaba cuentos y algo parecido a lo que hoy son las zapatillas, cuando debía correr.



Cuando reyes y sirvientes reaccionaron, la princesa y el joven caballero ya estaban lejos, muy lejos.

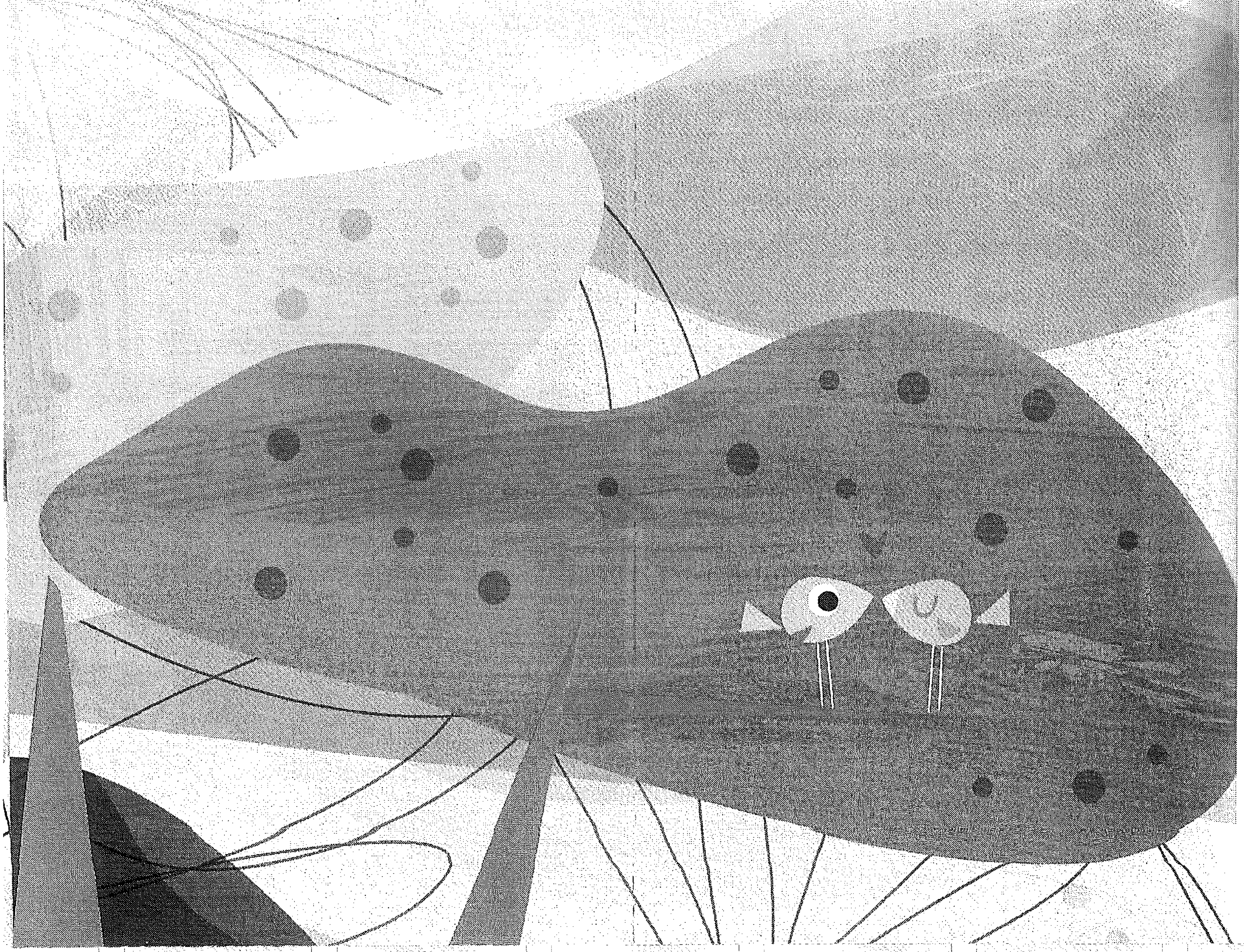
Montados cada cual en un caballo, planeaban la más larga travesía de sus vidas.

Llegaron al puerto y ahí les perdimos la pista.



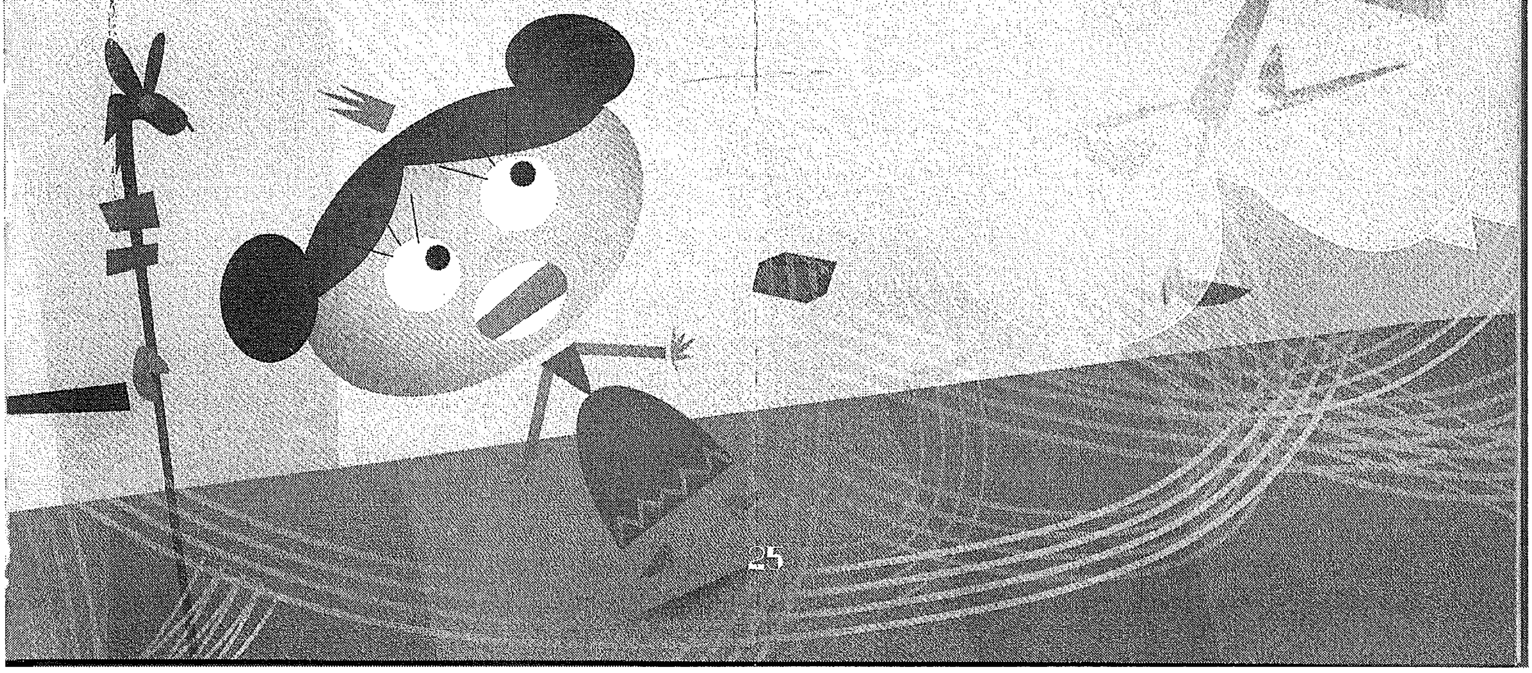
Hasta que el aire recobró su transparencia y allí, justo allí donde hasta hacía minutos había un anciano, apareció un hombre joven y fuerte que se arrodilló ante la princesa y la invitó a dar un paseo.

Abombados por el humo, nadie notó la partida.



—Y yo, como ves, ya estoy viejo.
—¿Y eso qué tiene que ver?
—Mi deseo era estar en tu fiesta.
—¿Y la caja?
—Lo único que yo tenía para regalar.
—Ahora entiendo... —se sonrojó la princesa. Y empezó a murmurar un largo secreto a la cajita que se abrió sola y de golpe, cuando su dueña terminó de hablar.

Fue entonces que desde el interior brotó un remolino de humo blanco que envolvió a todos en su ronrón y su aroma.
Remolinos de blancura...
Soplan vientos de aventura...



—Encarcelen a este sinvergüenza —dictaminó el rey.

—¡Maleducado harapiento! —lo siguió la reina.

—¡Un momento, papá! —los detuvo la princesa y se dirigió al anciano:

—Buen hombre —le preguntó—. ¿Por qué me diste esta caja?

—Porque es mágica —respondió él.

—¿Y en qué consiste esa magia?

—En que concede un deseo.

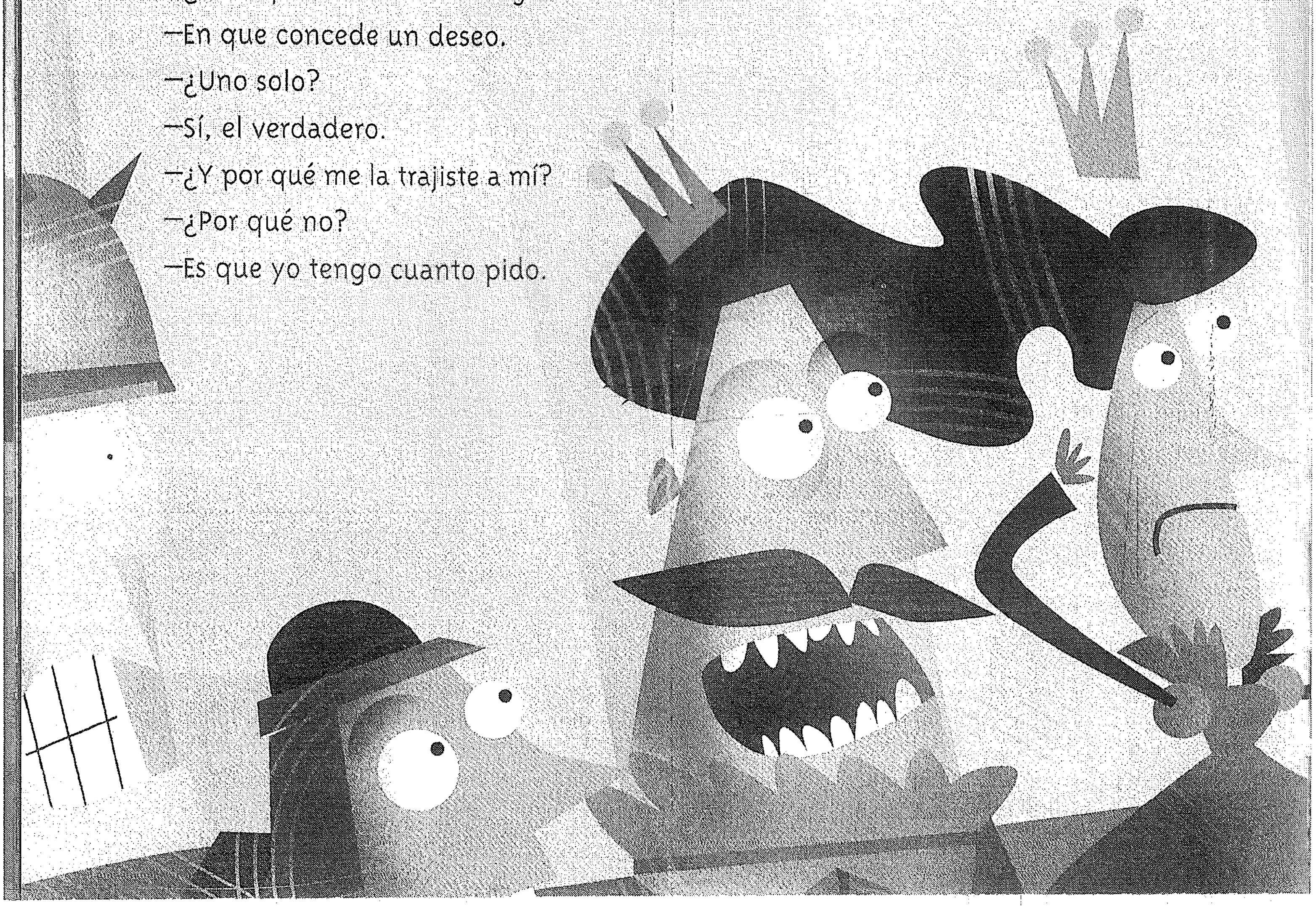
—¿Uno solo?

—Sí, el verdadero.

—¿Y por qué me la trajiste a mí?

—¿Por qué no?

—Es que yo tengo cuanto pido.



—¡Sí, señor! —aprobó la reina.

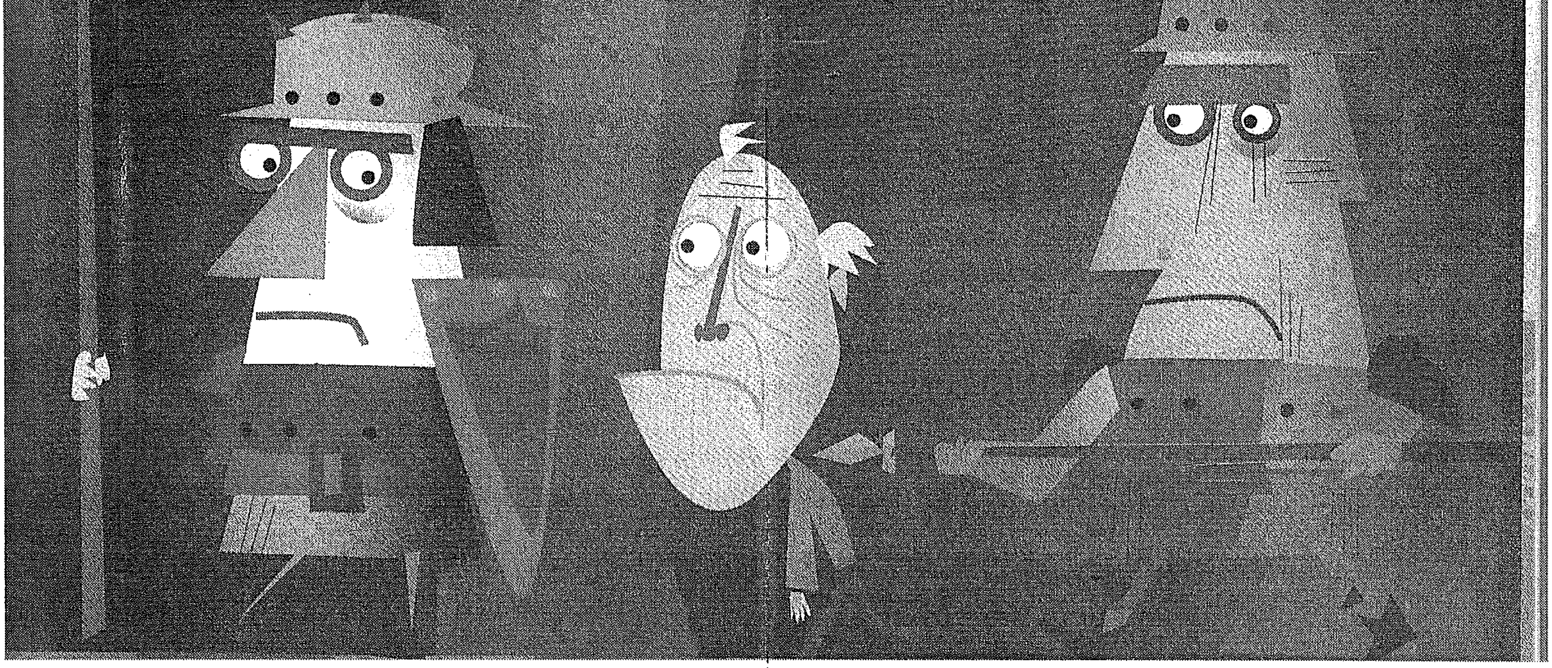
—¡A la orden! —obedeció un sirviente. Pero cuando extendió la mano para que la princesa le entregara la caja, "no no no" la joven se lo negó.

—¡Un momento, papá! —dijo—. Quiero conocer al que me trajo este regalo.

—Pero... —la reina no entendía para qué.

—¡Ya la oyeron! —mandó el rey—. Encuentren pronto al bribón.

Los enviados reales salieron del palacio enseguida y calle por calle, casa por casa, persona por persona, hablaron de la caja con cada vecino hasta que dieron con su antiguo dueño.

—Sí —dijo un pobre viejito— fui yo quien se la regaló.

Los soldados apresaron al anciano y lo llevaron ante la Corona.